



EUGENIA IBARRA ROJAS

LAS MANCHAS DEL JAGUAR

*huellas indígenas en
la historia de Costa Rica*


EDITORIAL
UCR

LAS MANCHAS DEL JAGUAR

huellas indígenas en
la historia de Costa Rica

Eugenia Ibarra Rojas

LAS MANCHAS DEL JAGUAR

huellas indígenas en
la historia de Costa Rica

(Valle Central Siglos XVI-XX)



EDITORIAL
UCR
2019

972.860.1

I-12m

Ibarra Rojas, Eugenia, 1949-

Las manchas del jaguar: huellas indígenas en la historia de Costa Rica: (Valle Central siglos XVI-XX) / Eugenia Ibarra Rojas. –1. edición, 2a reimpre-
sión.– San José, Costa Rica: Editorial UCR, 2019.

124 páginas

ISBN 978-9977-67-547-3

1. VALLE CENTRAL (COSTA RICA) –
HISTORIA - SIGLO XVI-XX. 2. INDÍGENAS DE
COSTA RICA. I. TÍTULO.

CIP/3414

CC.SIBDLUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 1999

Segunda reimpresión: 2019

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Rocío Monge* • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández P.* y la autora • Diagramación y diseño de portada: *Luis Diego Parra*
Imagen de portada: Tomado del libro "La Cerámica en Costa Rica", de Snarkis, Michael J. Publicado por el Instituto Nacional de Seguros. Nombre de
la figura: Jarrón Efigie Jaguar (pataki policromo); período VI, 1000-1500 d. C. • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: agosto 2019.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

PRÓLOGO

Los indígenas: huellas imborrables en nuestra historia	
<i>Dr. Gabriel Macaya</i>	15
El mito de la Mano del Tigre	19
Memoria de la vida del Usékar	20

INTRODUCCIÓN	21
--------------------	----

CAPÍTULO I

ESCENAS PRECOLOMBINAS: GENTES Y PAISAJES. SIGLO XVI.....	27
Nuevos datos de población.....	30
Epidemias del Viejo Mundo en Costa Rica	31
El ambiente natural de Costa Rica	33
El sistema sociopolítico	35
Actividades productivas	37
Recursos, parentesco y política.....	41
La cosmovisión indígena en el siglo XVI.....	42
Al arribo de los conquistadores.....	44

CAPÍTULO II

LOS PUEBLOS DE INDIOS DEL VALLE CENTRAL ORIENTAL. SIGLOS XVI-XVII.....	49
Actividades productivas en el Valle Central	51
Los indígenas: fieles e infieles, leales y desleales.....	54
Los pueblos de indios: organización y funcionamiento	59
La encomienda	60
El cabildo	61

Las doctrinas	62
La cofradía	63
La exacción del tributo	64
CAPÍTULO III	
VIDA COTIDIANA Y CAMBIO CULTURAL.	
SIGLOS XVII- XIX.....	67
La ciudad de Cartago como crisol de culturas	69
Intercambio, trueque y moneda	75
Nuevos oficios y desolación de los pueblos	76
Matrimonio y mestizaje	80
Fiestas, bailes y diversiones.....	86
CAPÍTULO IV	
CONFLICTOS, PÉRDIDA DE LA TIERRA Y DECADENCIA	
DE LOS PUEBLOS DE INDIOS. SIGLOS XIX-XX.....	89
La tierra: un bienpreciado.....	91
Después de la Independencia.....	93
En la Campaña de 1856.....	95
Durante la economía del café	97
Orosi: persistencia, resistencia y sobrevivencia	
Siglos XVI-XX	98
Relaciones de parentesco y estrategias políticas.....	104
Costumbres ancestrales y estrategias de sobrevivencia	106
CAPÍTULO V	
A MANERA DE CONCLUSIONES	111
BIBLIOGRAFÍA.....	119
Introducción	119
Capítulo I.....	119
Capítulo II	120
Capítulo III.....	121
Capítulo IV.....	122
Capítulo V	124

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa N.º 1-	Cacicazgos indígenas en el siglo XVI	36
Mapa N.º 2-	Costa Rica: pueblos de indios en el Valle Central (Siglo XVII)	52
Mapa N.º 3-	Costa Rica: área de colonización en el Valle Central (Siglo XVII)	59
Mapa N.º 4-	Cartago y sus alrededores (Siglo XVII)	83
Mapa N.º 5-	Ciudad de Cartago y barrios según mayoría étnica.....	92
Mapa N.º 6-	Orosi en 1853	100

CAPÍTULO I

ESCENAS PRECOLOMBINAS: GENTES Y PAISAJES SIGLO XVI

La América prehispánica, –de la que el actual territorio costarricense formó una parte importante–, se encontraba poblada por diversos pueblos indígenas que se distinguieron por haber establecido diferentes tipos de relaciones entre sus medios naturales y sociales. Algunos de ellos lograron alcanzar mecanismos más complejos en sus formas de producir, en sus maneras de gobernarse, en aspectos militares y religiosos, en sus sistemas de conocimiento y en la organización social en general, lo cual motivó a los españoles a señalar notables contrastes entre los pueblos que encontraban.

Puede pensarse, como ejemplo de lo anterior, en las diferencias entre los incas del Perú, los chorotegas de Nicaragua y Nicoya, los guaymíes de Panamá y los huetares de Costa Rica. Entre esas sociedades, los incas pueden calificarse como una sociedad representativa de una organización sociopolítica más compleja que la de los huetares, pero no por ello se les adscriben cualidades de inferioridad o de superioridad a ninguno de los pueblos.

Las distinciones socioculturales entre los grupos americanos surgieron en la medida en que el desarrollo histórico de cada sociedad se efectuó en distintos períodos y al resultado de enfrentamientos particulares a experiencias diversas en medios naturales claramente definidos. A ello obedecieron, entre otros elementos, las distintas costumbres, lenguas, creencias y grupos humanos de la América indígena.

Los pobladores del actual territorio costarricense constituyeron una parte importante en ese mosaico interrelacionado de sociedades aborígenes y se mantuvieron vinculados con otros pueblos americanos del norte y del sur por medio de relaciones económicas, políticas y sociales. El establecimiento de estas sociedades y la comunicación necesaria para su desarrollo se vieron complementadas, en gran medida, por el empleo de rutas terrestres y de

navegación, algunas de las cuales son las bases de las vías de comunicación actuales en América Central. Esos mismos caminos fueron utilizados, tiempos atrás, en ocasiones de pillajes, emboscadas y otras acciones bélicas en que se involucraban esos grupos.

Nuevos datos de población

Hasta hace unos pocos años, se afirmaba que a la llegada de los españoles la población autóctona de Costa Rica era de 27.200 habitantes, con fundamento en datos que brindó, en el siglo XIX, el Obispo Bernardo Augusto Thiel, gran estudioso de nuestra historia. En Costa Rica esa cifra no se cuestionó durante varias décadas, incluso se tomó como punto de partida para realizar otros estudios y análisis. Esa baja cifra fue también empleada para afirmar que en Costa Rica casi no había población aborigen, lo que dio paso a difundir una interpretación de la conquista en la cual se destacaba la idea de que fue un fácil proceso de dominación acompañado por el sometimiento -voluntario, en su mayoría-, de pocos indígenas.

El que la cifra propuesta por Thiel se aceptara casi sin discusión se debió, principalmente, a la conjugación de varias circunstancias relacionadas con el avance de la ciencia en general, y con el desarrollo de las ideas en nuestro país. Así, la conquista española se difundió y se aceptó, -también sin mayores dudas,- como el acontecimiento con el que llegó la civilización a América. La visión predominante fue la de que en Costa Rica el panorama se caracterizaba por la presencia de personas inferiores, incultas e incapaces, conquistados y civilizados por los españoles. Concepción que se ha extendido hasta el presente.

Un cambio reciente en el pensamiento acerca de la llegada de los españoles a América, generado por el arribo al país de otras ideas latinoamericanas así como de nuevos resultados de investigación en diversos campos, ha hecho florecer enfoques diferentes. Por ejemplo, actualmente se trata de rescatar el papel del indígena en la historia, el cual, en visiones anteriores, había estado opacado por un privilegio hacia lo europeo. Esta nueva perspectiva estimula otros campos y temas de estudio afines, con el consiguiente desarrollo de herramientas teóricas y conceptuales, además de técnicas y métodos modernos. Por eso, es comprensible que surjan, en estos tiempos, datos innovadores acerca de la población indígena.

En la actualidad, especialistas en el campo, al revisar la información que brindó el obispo Thiel, han encontrado que tal cifra no es aceptable porque no hay coincidencia entre los datos que él presentó y la información disponible, así

como porque no se ha podido esclarecer cuál fue el método que empleó para alcanzar esos números.¹

Por otra parte, el uso de técnicas modernas en el campo de la historia demográfica brinda otros resultados que contrastan notablemente con los comentarios. De esta manera, se propone que la población autóctona de Costa Rica se aproximó a los 400 000 habitantes. En el resto de los actuales países centroamericanos, en El Salvador, por ejemplo, se estima una población cercana a los 500 000 habitantes; en Nicaragua y Panamá, cerca de un millón; en Guatemala dos millones y en Honduras 750 000. Estas cifras, sin lugar a dudas, descubren otra idea en cuanto a la densidad de población en América Central en el siglo XVI.

Epidemias del Viejo Mundo en Costa Rica

Investigaciones recientes sugieren una altísima probabilidad de que enfermedades del Viejo Mundo, tales como la viruela, el sarampión, la fiebre neumónica y el tifus, azotaron a los pobladores del Valle Central antes de la conquista². Estas poblaciones, como otras del continente americano, no contaban con inmunidad ante esas enfermedades, por lo que, una vez propagada la enfermedad, los habitantes morían en enormes cantidades, dejando viviendas, pueblos y regiones enteras sin población. Las estrechas relaciones que mantenían los indígenas entre sí, así como las vías de comunicación y las prácticas de intercambio de bienes con otros indígenas del istmo, parecen haber sido elementos importantes en la transmisión y contagio de estas enfermedades.

Lo anterior hace suponer que la población encontrada por los españoles en el Valle Central, en 1561, no fue la misma que en 1502 ya que habría disminuido sensiblemente a causa de las epidemias. Hasta el presente, no se han localizado fuentes documentales que mencionen el supuesto azote de las epidemias con claridad; sin embargo, la información contenida en los documentos disponibles posibilita reconstruir las vías y medios de propagación de la viruela y el sarampión, por ejemplo, a partir de focos epidémicos identificados en Panamá, entre 1520 y 1523, y, en Nicaragua, en 1529. El siguiente cuadro resume la situación en las regiones vecinas entre 1520 y 1534.

1. Héctor Pérez B. "La población de Costa Rica según el Obispo Thiel". *Avances de Investigación* N.º 42. Centro de Investigaciones Históricas de América Central, Universidad de Costa Rica. 1988. San José.

2. Eugenia Ibarra R. "Las epidemias del Viejo Mundo entre los indígenas de Costa Rica antes de la conquista española: ¿mito o realidad?". Tercer Congreso Centroamericano de Historia. San José. 1996.

EPIDEMIAS EN PANAMÁ Y NICARAGUA ENTRE 1520 Y 1534

VIRUELA	PANAMÁ	1520-1523
SARAMPIÓN	PANAMÁ	1520-1523; 1533
	NICARAGUA (¿NICOYA?) HONDURAS Y GUATEMALA	1532 - 1534
PESTE NEUMÓNICA	NICARAGUA (¿NICOYA?) HONDURAS PANAMÁ?	1529
PESTE BUBÓNICA	NICARAGUA (¿NICOYA?)	1531

Fuente: Eugenia Ibarra. "Las epidemias del Viejo Mundo entre los indígenas de Costa Rica antes de la conquista española. ¿Mito o realidad?". Tercer Congreso Centroamericano de Historia. San José. 1996.

Esas enfermedades se transmitían fácilmente por medio de saliva y secreciones del aparato respiratorio. Una de las conclusiones más importantes alcanzadas al respecto de la propagación de ellas es que no necesariamente tenía que haber presencia española en todas las regiones habitadas por indígenas para que se diera el contagio. Era suficiente con que el virus, la bacteria o el protozooario, responsable de la enfermedad, se focalizara en un punto geográfico determinado, y luego se propagara, por medio de los mismos indígenas, hacia otras regiones no visitadas aún por los españoles.

Las prácticas de intercambio entre los indígenas del sur de América Central constituyeron ocasiones propicias para la dispersión de enfermedades por la región. Las fuentes documentales permiten conocer las rutas marítimas, fluviales y terrestres por donde se movilizaban, con sus familias, animales y bienes, de una parte a otra. Además, las viviendas grandes, construidas para albergar a varias familias enteras a la vez, las fiestas y "chichadas" y otras ceremonias, promovían contactos interpersonales estrechos, ideales para esa transmisión. Tales actividades, ampliamente documentadas, permiten proponer, por ejemplo, que el sarampión y la viruela pudieron haber sido de las primeras epidemias que se produjeron en el Valle Central de Costa Rica, a partir de la epidemia en Panamá y de las relaciones entre los indígenas de esa región con los pueblos de lo que hoy es Costa Rica. Este importante aspecto de la historia demográfica se encuentra apenas dando sus primeros pasos en el país, sin embargo, se sospecha fuertemente del azote de epidemias presentadas antes de la conquista en 1561.

El ambiente natural de Costa Rica

Cualitativamente, el ambiente natural de Costa Rica, en aquellos siglos, no fue muy diferente al que predomina actualmente. Se podría afirmar que una de las diferencias más notables consiste en la abundancia de bosques en contraste con la creciente deforestación. Ello sugiere que, en aquella época, el paisaje estuvo pleno de árboles, rico en variadas especies de flora y fauna, bañado por ríos caudalosos en su camino hacia el Mar Caribe o el Océano Pacífico.

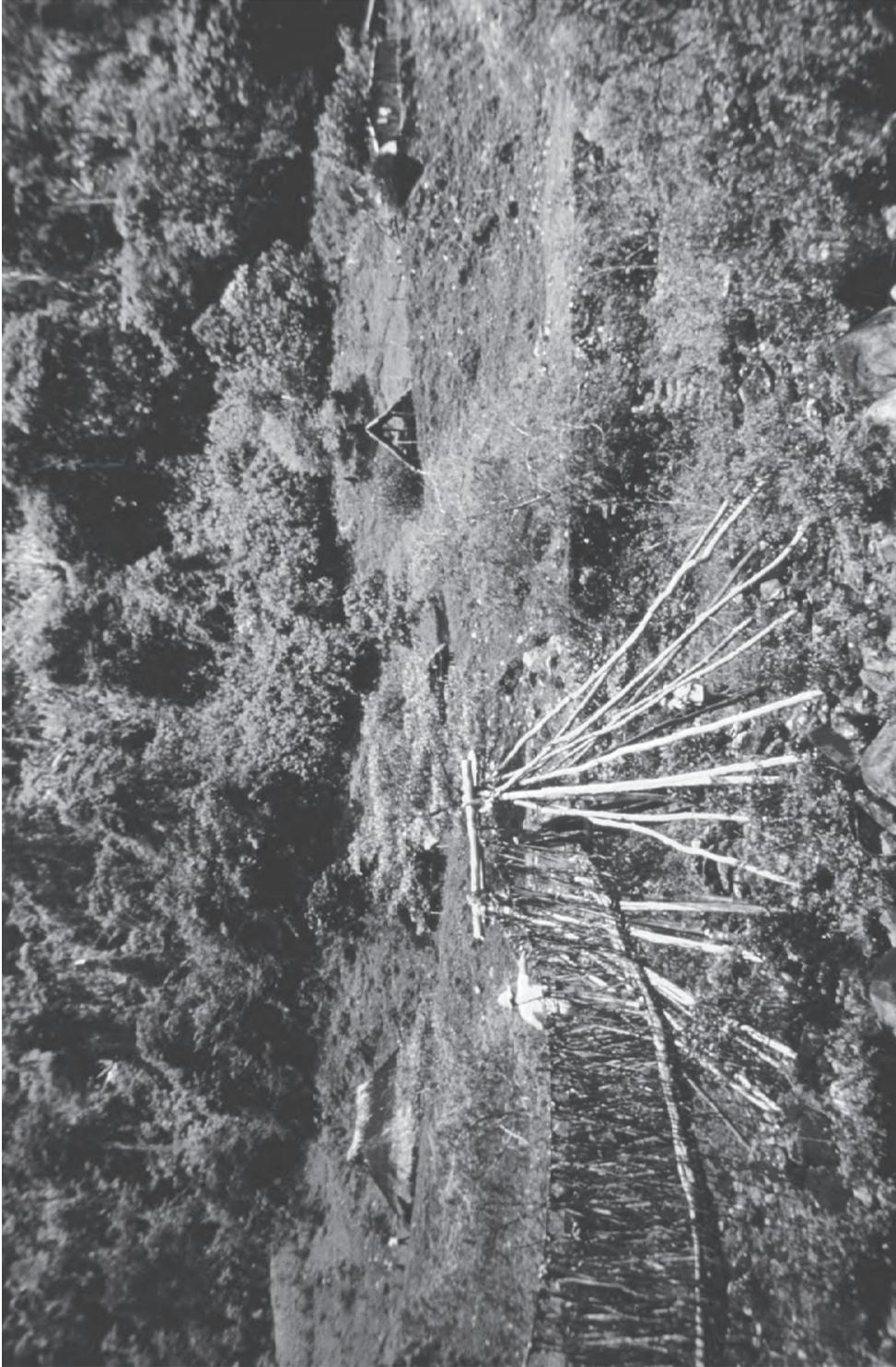
Los conquistadores alabaron también la fertilidad de la tierra: la describen como propicia para la producción agrícola, decían que era “de buen suelo y cielo” y comentaron acerca de la belleza natural que el conjunto ofrecía a sus ojos. Las fuentes documentales mencionan embates de la naturaleza como temblores y terremotos, torrenciales aguaceros, inundaciones, sequías y fuertes vientos. Hablan también de plagas de insectos, como las langostas, que, al igual que en Panamá, dañaban siembros y cosechas enteras. Estos datos permiten suponer que esos fenómenos formaron parte de los problemas que también pudieron presentarse a los indígenas antes del arribo español.

En cuanto a su geografía, Costa Rica reúne características especiales ya que cuenta con señaladas diferencias altitudinales a ambos lados de las cordilleras que la atraviesan y que favorecen la existencia de doce zonas de vida y siete transicionales. Ello implica diversos ambientes naturales aptos para el desarrollo particular de distintas especies de flora y fauna.

La diversidad de ambientes naturales fue aprovechada por los indígenas, quienes distribuyeron sus asentamientos y el desarrollo de sus actividades en aquellas regiones que reunían las condiciones más adecuadas para sus intereses productivos, religiosos, recreativos y defensivos. Es así que ocuparon zonas en tierras más altas, como Cot de Cartago, en tanto otros ocuparon tierras más bajas, como Chomes en la costa del Pacífico. El principio del aprovechamiento de las diferentes regiones naturales originadas en cambios altitudinales, es similar al que realizaron los indígenas del Perú antes de la conquista española.

En el siglo XVI, se describen, entre la fauna, animales como venados, chanchos de monte, dantas, cabros de monte, pecaríes, conejos, pizotes, iguanas, felinos, monos, tortugas, cocodrilos, variadas especies de peces y también manatíes. Este ambiente tropical adquiría enorme vitalidad durante los amaneceres y atardeceres, con el aullido de los monos congos, los rugidos de los jaguares, el canto de loras, lapas y yigüirros y el sonar de tambores, caracoles y ocarinas, matizado con voces humanas como acompañamiento para alguna ceremonia religiosa.

El indígena utilizó su energía para hacer producir la tierra, cazar y pescar, además de recolectar plantas medicinales y utilitarias para construir, por ejemplo, viviendas y puentes. También, para planificar cuidadosamente aspectos relacionados con el manejo del agua y el escogimiento de los mejores sitios para



Puente de bejuco, Sitio Gilda. Fuente: Cortesía del Dr. Lucas Gil J.

viviendas y sembradíos. En este sentido hay que señalar el uso racional que hizo de los recursos naturales disponibles. Asimismo, consciente de los peligros de realizar una explotación irracional, luchó por tratar de mantener un equilibrio que lo proveyera de paz interior y fraternidad con la naturaleza, lo que redundó en beneficios conservacionistas.

El sistema sociopolítico

Los indígenas se organizaron en sociedades cacicales o cacicazgos para el desarrollo de sus actividades sociopolíticas. Este tipo de organización fue el producto de la experiencia de siglos anteriores, la cual había venido cambiando lentamente hasta llegar a conformarse en las sociedades con que toparon los españoles.

Los cacicazgos que hemos podido identificar son catorce y existe la posibilidad de que ese número sea mayor, por lo menos en seis más. Al momento, falta información que permita reconstruirlos con mayor profundidad. (Referirse al Mapa N.º 1). Se han denominado de acuerdo con los nombres de lugares y de caciques relacionados con ellos, según se mencionan en los documentos de los siglos XVI y XVII. Se tienen así: Nicoya, Garabito, Pacaca, Aserrí, Currirabá, Guarco, Quepo, Boruca, Coto, Votos, Suerre, Pococí, Tariaca y Talamanca. Otros probables cacicazgos son Orotina, Chomes, Corobicí, Churuteca y Zapandí.

Algunos de estos cacicazgos tuvieron mayor importancia que otros, en el sentido de que demostraron haber sido muy poderosos, además de que ejercieron mayor influencia sobre los demás.

Los cacicazgos se conocían como señoríos en el caso de que uno de ellos ocupara una posición de dominación preponderante con respecto a otros con los cuales lo unían lazos estrechos. Un ejemplo lo constituye el señorío del Guarco, que dominaba a Pococí, Suerre, Currirabá y Aserrí. A su vez, el cacicazgo del Guarco se conformó por los siguientes pueblos: Cot, Quircot, Tobosi, Orosi, Uxarraci, Taquetaque, Atirro, Teotique, Turrialba, Ybuxybux, Corroci y Aquiy.

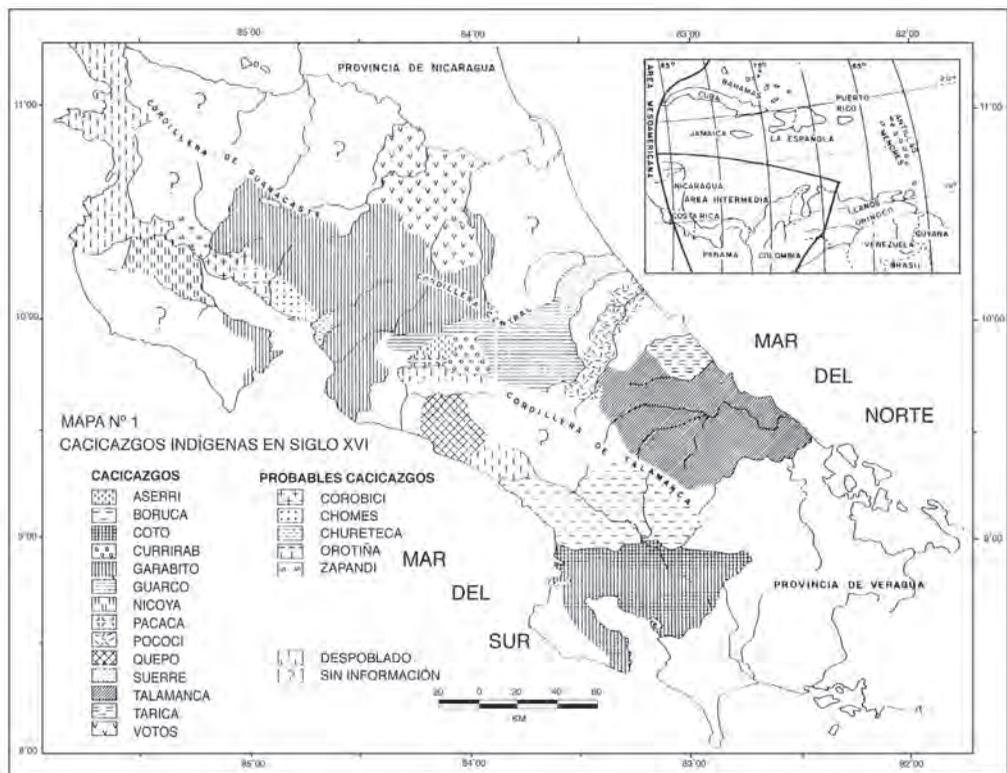
Los pueblos funcionaron de acuerdo con un principio de jerarquía, de rango: según la posición del cacique, así era la importancia del pueblo dentro del cacicazgo y, con base en ese mismo principio de rango, también sobresalía un cacicazgo sobre otro. En Costa Rica, este destacado lugar lo ocupó el cacicazgo del Guarco a la llegada de los españoles. Los pueblos de Turrialba, Corroci y más tarde Tucurrique, fueron muy importantes. Los caciques de esos pueblos estaban emparentados de manera cercana con el cacique principal de todo el señorío, quien, en 1590, se conoció como Fernando Correque.

La distribución espacial de los pueblos del señorío del Guarco estuvo relacionada con las diferentes regiones naturales que se incluían dentro de sus

límites y zonas de influencia: costas, valles y montañas. Una cifra estimada de su extensión es de 754 km². La estructura arquitectónica de las edificaciones y el trazado de los pueblos se asemejan a las identificadas por los arqueólogos en sitios como Guayabo de Turrialba o Agua Caliente de Cartago. Otras variantes parecen haber coexistido en otras regiones.

Predominaban viviendas redondas montadas sobre montículos de tierra y piedra, cubiertas de techos de paja, con puertas y escalinatas a los lados, pensadas de manera que las frecuentes lluvias no se convirtieran en un problema. Existían las plazas como sitios de reunión para diferentes actividades. Eficientes acueductos mantenían el agua fuera de las casas de habitación, señalando, en esos antepasados, un sistema de conocimiento complejo acerca de principios de ingeniería hidráulica.

No está de más agregar que tanto la forma de las viviendas como los materiales empleados en su construcción representaban aspectos particulares de la manera de concebir el mundo, su cosmovisión. Las investigaciones para tratar de aclarar la utilización del espacio en general, tanto de edificaciones como de los



Mapa N.º 1. Cacicazgos indígenas en el siglo XVI. Tomado de: Eugenia Ibarra. *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)*. Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José, 1990.



Reconstrucción de un pueblo indígena. Cortesía de Rodolfo Tenorio.

pueblos continúan; sin embargo, se puede señalar que la forma circular se asocia con el centro del mundo.

Actividades productivas

Tanto la arqueología como la etnohistoria dan pruebas de que las labores agrícolas consumieron la mayor parte de la energía humana. La tierra, heredada por vía materna, fue de especial importancia para el indígena. El sistema de roza, –o tala y quema–, fue el utilizado para la siembra de productos tales como el maíz, la yuca, el camote, los frijoles y los chayotes. Los diferentes ciclos productivos se complementaban con pesca, cacería y recolección de hierbas y frutos. La pesca era frecuente en ríos como el Reventazón y se llevaba a cabo con arpones de madera o con venenos vegetales que, agregados al agua, atontaban a los peces los cuales luego, se atrapaban con redes de bejucos. Esta práctica todavía se recuerda en Tucurrique y Pejibaye, cuando los más viejos narran cómo los indígenas “amarraban el río” para pescar peces bobos y otros.

En la cacería se prefirieron animales como chanchos de monte, venados –de los que se dice eran muy abundantes–, dantas, conejos y aves, para mencionar solamente algunos. Puede hablarse de la pre-domesticación de varios animales, como el chanco de monte y la danta, especies que al ser apresados jovencillos se tornaban mansos y seguían a sus amos por todas partes.

En los documentos que se refieren a Costa Rica, es muy poco lo que comentan los conquistadores sobre las relaciones de los indígenas con los animales. En otras regiones americanas se dispone de mayores descripciones. Por ejemplo, en la actual isla caribeña de República Dominicana, el cronista Antonio de Herrera describe la hermosa unión del cacique Carametex con Mato, un manatí. Es posible imaginar que situaciones parecidas también pudieron presentarse entre los indígenas de Costa Rica con algunos animales, incluyendo el manatí, dada su abundancia, y el aprecio indígena por los animales en general.

Escribe Herrera lo siguiente:

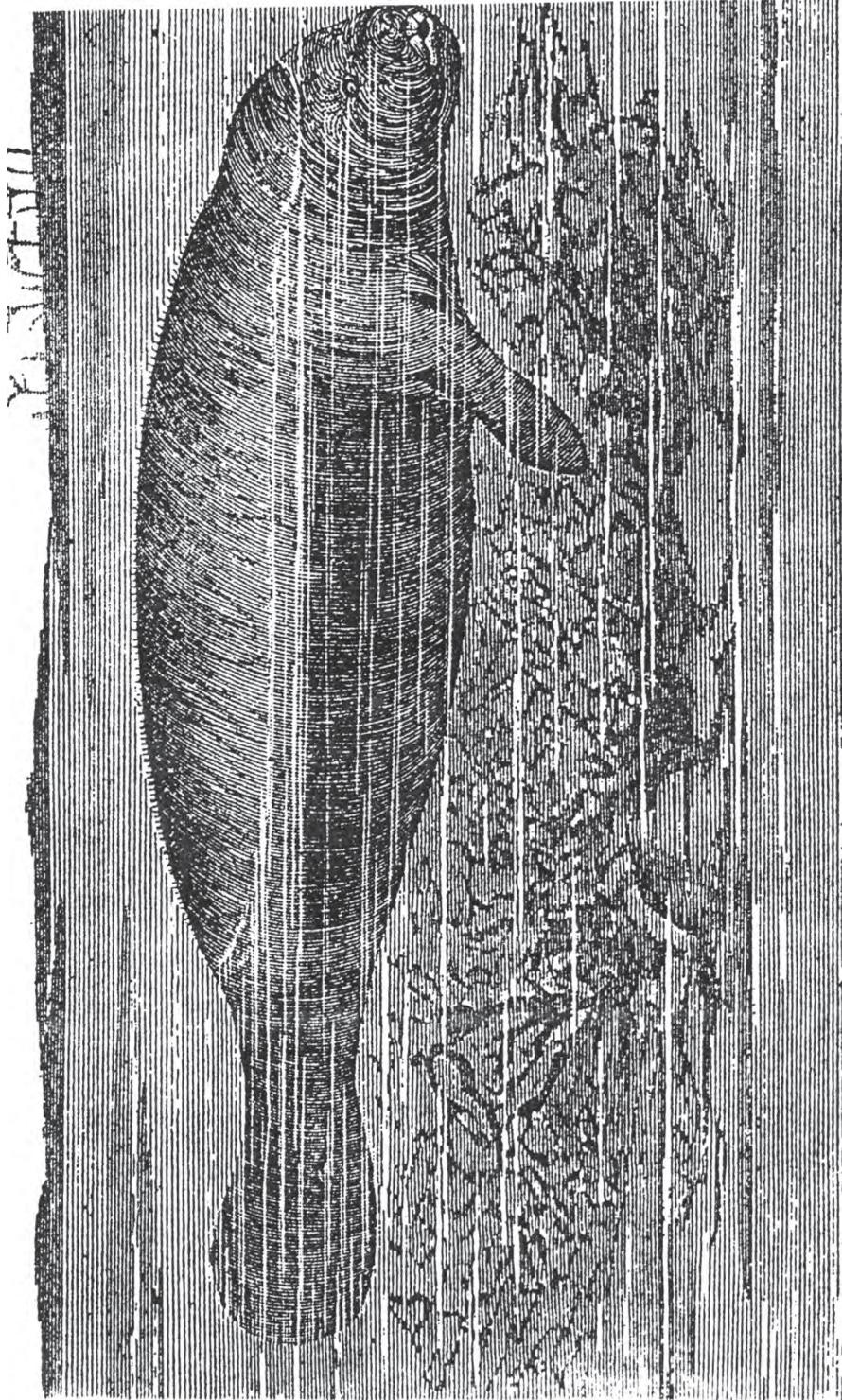
“Otro nuevo género de pescado hallaron los castellanos, que aunque en aquellas partes hay muchos, fue este de consideración, que era el Manatí, de la hechura de un cuero de vino, con solo dos pies a los hombros, con que nada; críase en la mar y en los ríos; vase estrechándose del medio a la cola; es su cabeza como de buey, aunque más sumido el rostro y más carnuda la barba; los ojos pequeños, la color parda, el cuero muy recio y con algunos pelillos. Haile tal, que tiene de largo veinte pies y diez de grueso; son redondos sus pies y con cuatro uñas en cada uno, como el elefante. Paren las hembras como vacas, y tienen dos tetas con que crían. Su sabor es más que de pescado, y fresco parece ternera, y salado atún, y es mejor y así se conserva más. El graso que de él se saca es bueno y no se rancia. Adóbase con ello el cuero de zapatos. Las piedras que cría en la cabeza aprovechan para el mal de hijada y de piedra. Algunas veces los matan en tierra, paciendo orilla de la mar y de los ríos, y cuando son pequeños los toman con redes.

De esta manera tomó uno el cacique Carametex y lo crió veintiseis años en una laguna y salió sentido y apacible; acudía llamándole Mato, que quiere decir noble. Comía cuanto le daba con la mano, y salía del agua a comer en casa. Jugaba con los muchachos, holgaba con la música, sufría (permitía) que le subieran encima. Pasaba los hombres de la otra parte de la laguna y llevaba diez de una vez sin trabajo”³

Las actividades para la subsistencia contemplaban también la obtención de miel y cera de abejas y la recolección de frutos como zapotes y guayabas, palmitos y otras especies frecuentes en las montañas, de utilidad para otros menesteres. La producción agrícola lograda por medio de la utilización de técnicas y prácticas agrícolas que resultaban exitosas, aunada a la posibilidad de obtener variados recursos, contribuyeron a la autosuficiencia de estas comunidades.

Las labores agrícolas de aquellos antiguos pobladores les permitieron, además, ser sedentarios. La movilización de contingentes de hombres, o de hombres, mujeres y niños, estuvo asociada a actividades productivas, recreativas, sociales o de

3. Antonio de Herrera. *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Edición y estudio de Mariano Cuesta Domingo. Universidad Complutense de Madrid. Hispagraphis, S.A.: Madrid. 1991. Págs. 442, 443.



Fuente: Bovallius, Carl. *Viaje por Centroamérica (1881-1883)*. Fondo de Promoción Cultural Banco de América. Managua, Nicaragua. 1977. Pág. 180.

guerra. Los indígenas de Costa Rica no pueden describirse como semi-nómadas. La misma estructura y composición de los pueblos, y las actividades en que se ocupaban, descritas en las fuentes documentales, claramente presentan un patrón de asentamiento sedentario.

Aunque la mayoría de las personas se dedicó a la agricultura, también hubo especialistas en otras actividades tales como la cestería, la orfebrería, el trabajo en piedra y la alfarería. Otras personas se dedicaron a hilar y tejer hamacas y prendas de algodón teñidas con tintes vegetales o del caracol de múrice. Y no faltaron tampoco quienes prepararon los panes de sal y quienes elaboraron collares con conchas que habían sido recogidas a orillas de las playas u obtenidas por intercambio con otras gentes que habitaban cerca de las costas.

Las distintas actividades productivas estuvieron directamente asociadas con el ambiente natural presente en cada cacicazgo. Así, por ejemplo, el procesamiento de la sal y la extracción del tinte de múrice se realizaban en ambientes costeros, como en Nicoya y Quepos o Boruca; la elaboración de piezas de oro en ambientes donde éste existiera o se obtuviera por intercambio, como se menciona en Coto, en el Pacífico sur. Las materias primas disponibles fueron muy importantes para el desarrollo de la vida cotidiana y del sistema político y económico de entonces. La posesión de aquellos recursos menos comunes favoreció la competencia entre los caciques.

Los miembros de las familias extensas, –concepto entendido como el conjunto de tres o cuatro familias que viven juntas bajo un mismo techo–, se dividían las labores de acuerdo con su sexo y su especialidad. En esto tuvo gran influencia el clan al que se perteneciera. Refieren las fuentes que a los caciques se les servía, se les sembraban sus campos y se les construían sus viviendas, lo que pone en evidencia diferencias entre gobernantes y gobernados que pueden haber generado conflictos y rivalidades en algunas ocasiones. Los documentos guardan bastante silencio al respecto.

Los clanes, –grupos que se creen descendientes de un antepasado común, por lo general de origen mítico, compuestos por miembros de diferentes linajes, o parentelas–, se ocupaban tradicionalmente de actividades muy concretas. La presencia de varios miembros de diferentes clanes en un mismo pueblo aseguraba un mayor acceso a bienes variados, por la especialidad productiva de cada uno. Esa organización del trabajo permite reconstruir un panorama humano que presenta grupos de hombres y mujeres en intensa actividad, donde los muchachos se encargaban de tareas como las de espantar las aves que se comían los maizales.

La herencia de las especialidades laborales, la pertenencia a clanes específicos, los derechos sobre la tierra y los cargos políticos y religiosos parecen haber estado determinados por la línea materna. La mujer indígena jugó un papel fundamental en estas sociedades en las diversas actividades que se desarrollaban, donde la producción de diversos tipos de bienes fue básica. La importancia de la mujer

indígena en relación con la tierra se puede identificar en la historia del Valle Central hasta el siglo XIX.

Cada jefe del grupo familiar extenso intercambiaba excedentes de todo tipo con hombres de otros pueblos. De esos, entregaba también una fracción a los caciques superiores. Así la producción se movilizaba en medio de medidas y transacciones pensadas e interesadas, cumpliendo una labor intermediaria en el desarrollo y fortalecimiento de relaciones políticas, sociales y económicas.

El aspecto social fue muy importante, ya que en cada ocasión de intercambio se abría el espacio para reuniones fraternas. Al final del día, después de haber intercambiado bienes unos con otros, se celebraba una fiesta tradicional en donde se consumía la chicha, bebida de maíz que se tomaba de un huacal de jícaro que se pasaba de mano en mano. Esta manera ritual de tomar la chicha simbolizaba la petición de ayuda y colaboración que se pedían los indígenas entre sí.

Recursos, parentesco y política

La variedad de recursos disponibles en cada cacicazgo, –incluyendo los bienes elaborados por los especialistas y los bienes que se adquirían de lugares lejanos (piezas de oro de Colombia o Panamá, por ejemplo)– y la necesidad de asegurarse aliados en un ambiente competitivo hizo que el intercambio fuera una actividad trascendental en estas sociedades. Se cambiaban mutuamente bienes materiales a los que se les había otorgado un valor equivalente. También se buscaban transacciones que incluyeran el movimiento de bienes intangibles como el poder, el prestigio o los favores y compromisos. En estas actividades se transmitían ideas y se difundían los últimos acontecimientos: la gente se comunicaba entre sí y tocaban temas de interés político, entre otros, lo que ayudaba a los caciques a planificar sus estrategias.

El poder político, además de estar vinculado con la pertenencia a clanes importantes, estaba estrechamente relacionado con la cantidad y la calidad de los recursos de que pudiera disponer o controlar un cacique. En este aspecto, los artículos suntuarios como el oro, jugaron un papel relevante. Asimismo los bienes escasos, como los panes de sal, que solamente se podían elaborar en un medio natural particular. Por la posesión y disposición de esos bienes (entre otros) los caciques compitieron entre sí y se esforzaron por gobernar de manera tal que les permitiera ganar aliados y seguidores en vez de enemigos. En este intento, con frecuencia, surgieron rivalidades y las guerras fueron cotidianas.

El origen ancestral de los caciques, –personajes considerados como los descendientes de antepasados míticos de alta jerarquía–, los colocaba en una posición destacada para el ejercicio del poder, legitimada, además, por el parentesco. Nacidos en clanes de rango importante e imbuidos de poder en los diferentes pueblos

de un mismo cacicazgo o en cacicazgos vecinos, estos individuos y sus familias se convirtieron en el grupo dominante de entonces. Existió una jerarquía de caciques conformada por un cacique mayor y otros secundarios, denominados en huetar, lengua predominante en esos años, *ibux*, *taque* y *uri* o *vri*, respectivamente.

Sus matrimonios –y aparentemente los de los demás miembros de la sociedad– estuvieron regulados por leyes específicas, por ejemplo, las uniones debían efectuarse entre miembros de clanes de una jerarquía igual o similar. Los diversos clanes estuvieron distribuidos en diferentes puntos del señorío o del cacicazgo. Los matrimonios fueron exogámicos, lo que implicaba buscar pareja en otro clan. No podían unirse miembros de un mismo clan, pues eso significaría casarse entre hermanos, lo que sería gravemente castigado y calificado de incesto. Los matrimonios fueron de carácter complementario, –un miembro de un clan A, por ejemplo, se unía a otro miembro de un clan B–, unión que fortalecía los vínculos sociales y políticos además de que aseguraba el acceso a los recursos que ofrecieran ambas regiones. Los documentos hacen referencia a que, en el señorío del Guarco, las mujeres de Tucurrique podían unirse a hombres de otros cacicazgos como el de Suerre y Pocosí. Esto brindaba a Fernando Correqué, –cacique mayor del señorío del Guarco durante las últimas décadas del siglo XVI,– el acceso a recursos propios de esas zonas. Por medio de esos matrimonios fortalecía, a la vez, sus vínculos sociales y engrandecía su poder político.

La dinámica interna de los cacicazgos convertía esa forma de organización sociopolítica en un sistema competitivo en el que el menor desacuerdo o roce por desavenencias en transacciones o rivalidades podían desembocar en sangrientas batallas. La guerra se convirtió en otro medio para obtener prisioneros, considerados como de gran valor, además de otros bienes materiales y no materiales. También abría espacios para aumentar prestigio al desempeñarse con éxito como guerreros. Por ejemplo, las fuentes contienen episodios que refieren que el cacique de Coto, en el Pacífico sur, raptó a la hermana del cacique de Quepo, Corrohore, llamada Dulcehe. La intervención de Juan Vásquez de Coronado logró que ella regresara a su gente por medio del rescate que este dio, el que fue considerado justo por los captores para solucionar el problema. En la guerra, así como en todas las otras actividades que se han comentado en estas páginas, desempeñaba un papel fundamental el aspecto religioso, la cosmovisión que regía la vida cotidiana indígena.

La cosmovisión indígena en el siglo XVI

Los caciques conformaron, a la vez, el grupo dirigente religioso. Sus funciones incluyen las de tipo ceremonial, actividades en las que se mezclaban aspectos

políticos y económicos de manera conjunta. Por ejemplo, se citan caciques de diferentes regiones del señorío del Guarco que acudían al llamado del cacique mayor y le traían regalos y bienes. Es probable que en una plaza similar a las descubiertas por los arqueólogos en sectores de la Vertiente Atlántica –Guayabo de Turrialba, Aguacaliente de Cartago, La Cabaña– se reunieran y se efectuaran intercambios en un ambiente ceremonial cuyo actor principal fuera el cacique.

Estas posiciones religiosas estaban jerarquizadas al igual que las otras que se han señalado. En Talamanca, hasta hace pocos años, existió un personaje que se le consideraba sagrado y poderoso por lo que se le temía hablarle. La comunicación se efectuaba con la ayuda de un intermediario quien, a la vez, le hablaba de espaldas. Esto era señal de respeto pero, también, de precaución ya que era inconveniente mirar de frente a una persona tan poderosa.

Los caciques se distinguieron, además, por ser intermediarios entre los vivos y los muertos, entre este mundo y el más allá. Por tal motivo los españoles dejaron plasmados en los documentos diversos pasajes en que los describen oficiando una ceremonia dirigida a aplacar algún fenómeno de la naturaleza, o, en otras ocasiones, a lograr el beneplácito para que las cosechas fueran buenas, así como para tener éxito en otras actividades productivas y en la guerra.

La cosmovisión de los indígenas, la forma en que se concebían a sí mismos y a los demás en relación con el resto del mundo, su manera de pensar acerca de la existencia, se originó en una concepción de totalidad del hombre con la naturaleza. En el sistema de pensamiento que los caracterizó, no se separaba al hombre de la naturaleza como si fuesen planos distintos, como sí lo hacen muchos pueblos no indígenas, sino que se concebían como partes de un mismo sistema.

Este pensamiento ayuda a comprender aspectos de las relaciones políticas, sociales y económicas antes comentadas, en el sentido de que si todo formaba parte de un sistema integrado, las formas de comportarse y actuar en múltiples ocasiones estuvieron orientadas por esa concepción. Esta se vio complementada por un principio en el cual el indígena basó sus acciones cotidianas, el de la reciprocidad, entendido como el obtener algo por otra cosa que se da.

Las regulaciones que determinaban el comportamiento cotidiano moldeaban las conductas con base en la reciprocidad. De esta manera, se crearon relaciones entre los hombres que se esperaba fueran equilibradas. Por ejemplo, las colaboraciones o ayudas que se brindaban unos a otros en el seno familiar debían tener un carácter parecido; este podría ser el caso de la construcción de las viviendas, que era una actividad comunal. Se trata, fundamentalmente, de un compromiso adquirido en el que en una relación con otro una parte parece decir: “si me ayudas te ayudo”, mientras que la otra piensa “te ayudaré para que me ayudes”. Esta es la lógica que subyacía a la formación de alianzas en tiempos de guerra, en la que se unían varios cacicazgos a la vez en contra de otro u otros. Esa fue la situación que se detecta

entre los señoríos de Guarco y Garabito contra los cacicazgos de Quepo y de los chorotegas a la llegada de los españoles.

Es también la lógica que estaba detrás de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el más allá. La tierra da: provee el alimento y otros recursos que permiten al hombre sobrevivir, por lo tanto, los indígenas creían que la naturaleza debía protegerse, que los recursos naturales debían cuidarse. Esa manera de razonar contribuye a explicar la presencia de ceremonias y rituales especiales dedicados a distintas deidades o “dueños” en el momento en que se recogían las cosechas, las que, en algunas ocasiones, se acompañaron de sacrificios humanos como los ocurridos en el Pacífico norte y en Nicaragua. Esa era la contraparte que entregaban los hombres a los seres superiores a cambio del éxito en las actividades productivas o en la búsqueda de su beneplácito para realizar otras acciones con resultados positivos.

Los párrafos anteriores aclaran que todo objeto material elaborado por los indígenas, toda acción ejecutada, estuvo acompañada de pensamientos, actitudes, costumbres y creencias que se enmarcaron dentro de la cosmovisión predominante. Al hilar los diferentes aspectos de la vida cotidiana indígena en la época de los cacicazgos, comentados en párrafos precedentes, queda expuesta la dinámica social y humana de aquellos tiempos. Sobra añadir que las descripciones dadas por los españoles y los resultados de la arqueología permiten percibir un mundo cacical lleno de movimiento. En la memoria de los costarricenses, debe quedar lejos aquella imagen estática, de pobreza e inferioridad que se les atribuyó a estas sociedades en décadas atrás.

Al arribo de los conquistadores

Ese complejo mundo cacical fue el que prevalecía a la llegada de los españoles, en estrecho contacto con otros mundos cacicales panameños y de Nicoya y Nicaragua. Vinculados en actividades de intercambio, unidos por las vías que servían de paso a objetos, bienes, noticias, ideas y otros conocimientos, salieron de sus rutinas al aparecer los conquistadores en las costas de América Central.

Después de una estadía depredadora en Panamá, los españoles salieron, en 1519, de la isla de las Perlas en el Pacífico, hacia Nicaragua, donde creyeron poder encontrar el Estrecho Dudoso y muchas riquezas. En esas primeras expediciones, apresaron indígenas del Golfo de Nicoya y los llevaron a Panamá, para que luego sirvieran de guías e intérpretes o de informantes de las riquezas y la geografía de la tierra por conocer.

Una vez en Nicaragua y Nicoya, no fue sino hasta 42 años después que decidieron conquistar el interior de Costa Rica, en un plan más organizado. Las ideas

de conquista surgieron mientras trataban de sobrevivir una fuerte crisis en Nicaragua y, en general, obedeció a condiciones existentes en el resto de América Central. En Nicaragua y Nicoya, toda esperanza de enriquecimiento rápido había casi desaparecido, al igual que miles de indígenas, como consecuencia de la esclavitud a la que fueron sometidos, exportados a Perú y Panamá, así como por el azote virulento de varias epidemias que diezmaron significativamente las poblaciones indígenas.

Aseguran las fuentes que cuando los indígenas del Valle Central de Costa Rica intercambiaban con los de Nicoya, llevaban en su cuerpo adornos de oro. Eso hizo pensar a los españoles que tal metal era abundante entre los indígenas del interior. Los conquistadores, motivados por el interés de lograr un rápido enriquecimiento, salieron de Nicaragua buscando mejores oportunidades.

En 1561 penetra el primer grupo de conquistadores al mando de Juan de Cavallón. Físicamente, el Valle Central, con altitudes que oscilan entre los 600m y los 1500m s.n.m, está rodeado por la Cordillera Volcánica Central en sus secciones oriental y norte, la Cordillera de Talamanca hacia el sur y los escarpados Montes del Aguacate al occidente. Este valle se separa en secciones oriental y occidental por los cerros de la Carpintera, división que se encuentra también en las vertientes de agua que riegan la zona. Hacia el oeste confluyen numerosos tributarios que descargan sus aguas en el río Grande de Tárcoles. El Reventazón, río importantísimo para los cacicazgos, deposita las aguas del sector oriental del valle. A este paisaje geográfico arribó Cavallón y entró al Valle Central por el noroeste.

El padre Estrada Rávago, su socio en esta empresa de conquista, penetró por la costa del Caribe para encontrarse con Cavallón. Fundaron Garcimuñoz, incipiente centro político-administrativo y militar, al que se le dio la categoría de ciudad, aunque lejos estaba de semejarse a un centro urbano. Se fundó un cabildo, se señalaron ejidos y se repartieron solares entre vecinos. Pero la ciudad de Garcimuñoz tuvo corta vida. Esta primera incursión resultó en un rotundo fracaso. Cavallón terminó lleno de deudas y los pocos hombres que quedaron en el Valle se encontraron en serias dificultades de sobrevivencia, agravadas por los ataques indígenas.

Fue, entonces, cuando Juan Vázquez de Coronado vino en su auxilio, en el año de 1562. Este conquistador logró establecer una mejor comunicación con los caciques indígenas y sujeta a Aserri, Abra (Currirabá), Orosi, Pacaca y el Guarco. Trató de controlar al cacicazgo del Guarco, lo que le facilitó la penetración y la conquista de otras regiones más alejadas.

Trasladó Garcimuñoz al Valle del Guarco, donde fue descrita como la “ciudad del lodo”, dadas las frecuentes inundaciones que sufrían, llenas de lodo volcánico y otros materiales, que probablemente bajaban desde el Volcán Irazú por

el actual río Reventado, en Taras de Cartago. Posteriormente, esta ciudad se trasladó a Cartago, dando origen a la actual ciudad y escenario en el que se desarrollarán muchos de los procesos y acontecimientos que analizaremos en la obra.

Después de que Vázquez de Coronado había asegurado un espacio geográfico, entre 1570 y 1580, Perafán de Ribera y Alonso Anguciana de Gamboa se interesaron por aumentarlo. Estos años se consideran de transición entre la conquista y la colonización. Es la década en que los españoles obtienen el dominio de los cacicazgos del Valle Central y cuando se reparten las mejores tierras entre los miembros del grupo conquistador.

Muchos indígenas fueron sometidos e incorporados en encomiendas, mientras que otros huyeron hacia las zonas más montañosas y alejadas de Talamanca. Al igual que en otras regiones americanas, las epidemias azotaron a los indígenas, carentes de inmunidad y los pueblos disminuyeron su tamaño.

En 1569, Perafán de Ribera es obligado por los otros españoles a que reparta los indígenas en encomiendas, pues ya habían constatado que en el Valle Central de Costa Rica, el oro no era tan abundante como soñaron. Por lo tanto, la necesidad de sobrevivir y de vincularse al mercado de la época, los condujo a desarticular el sistema de poder indígena, lo que se facilitaría con la puesta en práctica de las encomiendas.

Este sistema funcionaba con base en la asignación de cierto número de personas indígenas a un español para su servicio. Aquellos conquistadores que obtuvieran caciques importantes en sus encomiendas, tenían mayores probabilidades de acceso a variados recursos, de acuerdo con la dinámica productiva indígena y la jerarquización de caciques, pueblos y cacicazgos. Así, la producción de los alimentos tradicionales, y, más adelante, de los introducidos, como la caña de azúcar y el trigo, descansó sobre las espaldas indígenas.

El sistema de encomiendas contribuyó también a la desarticulación de otro tipo de instituciones indígenas, como la familia extensa, las creencias religiosas y el sistema de intercambio. Algunas de ellas con el paso de los años, se perdieron en su totalidad. De otras, algunos elementos se unieron a los de los españoles para dar como resultado una nueva sociedad mestiza.

La presencia de Alonso Anguciana de Gamboa, entre 1573 y 1577, fortaleció el proceso colonizador. La actividad ganadera recibió un fuerte empujón y se habla del envío de 2.000 cabezas de ganado y 500 yeguas desde Nicaragua. Se trajo también gran cantidad de víveres, ropa, armas y nuevos colonos.

Diego de Artieda y Chirinos, en 1580, se comprometió a traer 100 hombres casados con sus familias, 1000 vacas, 1500 ovejas, 500 cerdos y cabras, 100 caballos y yeguas en el lapso de tres años. A pesar de que las condiciones de la infraestructura vial no eran las óptimas para el traslado de tantos animales y mercancías, no hay que olvidar que los caminos indígenas anteriores, los que unían

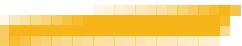
pueblos y cacicazgos, sirvieron como rutas indispensables para movilizarse durante estas primeras décadas de la colonización.

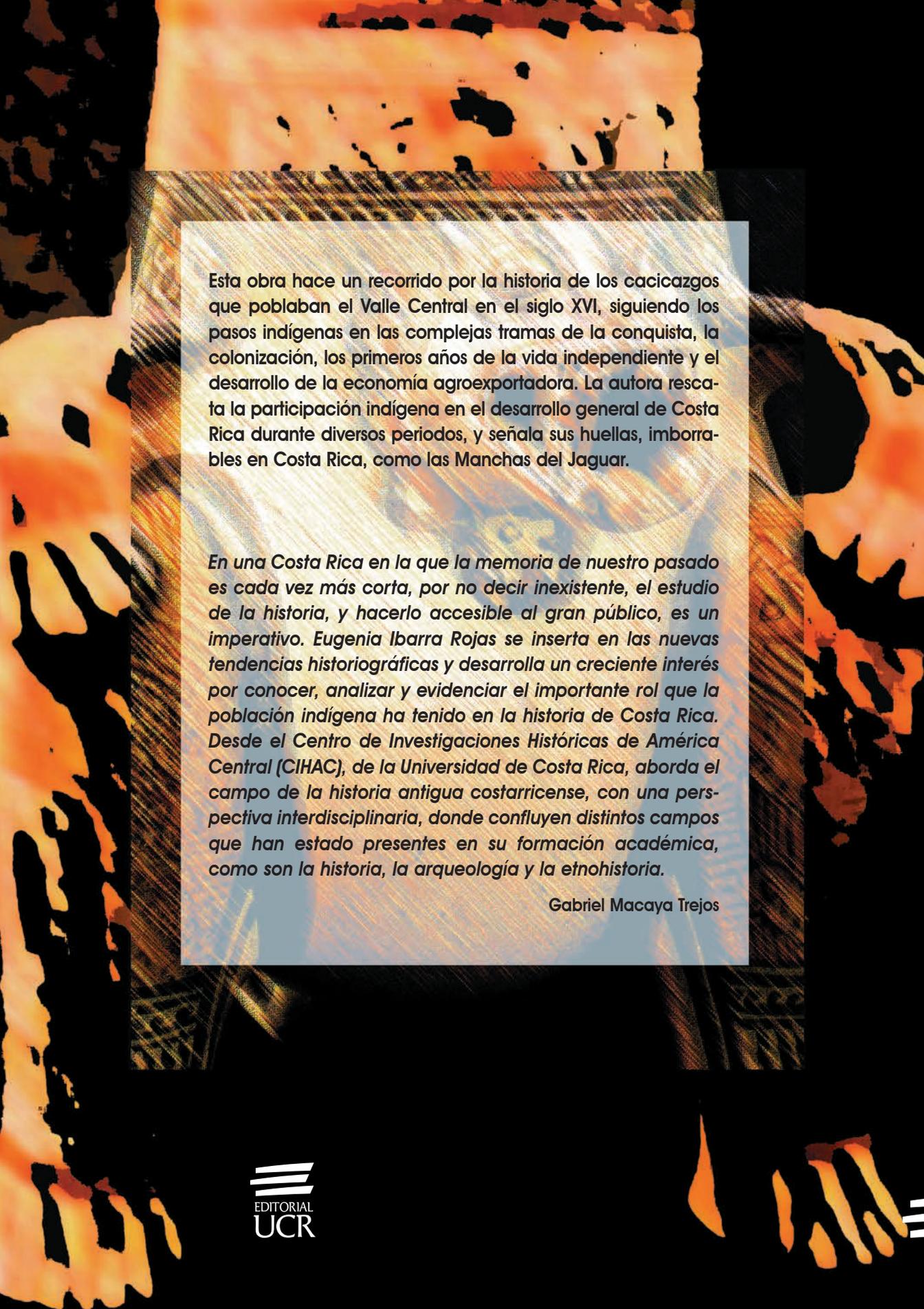
Ante semejantes cambios, los indígenas manifestaron diversas actitudes y comportamientos. Algunos no aceptaron las evidentes alteraciones inmediatamente. Demostraron una fuerte oposición, a veces caracterizada por batallas y muertes, otras, por maneras veladas de resistencia. A pesar de la presencia de la lengua castellana, en muchos pueblos indígenas se hablaba el idioma indígena; se preferían los patrones matrimoniales antiguos y se practicaban las reglas en cuanto a la herencia de la tierra, así como algunas costumbres y creencias religiosas que amalgamaron a las de la nueva religión católica. Otros indígenas sí se sometieron voluntariamente al español, precipitando cambios en diversos aspectos de la vida colonial, incluyendo los culturales. En términos generales, la resistencia entre los pueblos indígenas de Costa Rica adoptó diferentes matices y se manifestó de diversas maneras.

Los ritmos desiguales del desarrollo de proyectos económicos y políticos, entre los siglos XVI y XX, en distintas regiones, influyeron en que los cambios no fueran uniformes. Eso contribuye a aclarar por qué en el Valle Central se “acabaron” los llamados “pueblos de indios” a fines del siglo XIX, mientras que Talamanca y otras comunidades del país todavía cuentan con población indígena.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



Esta obra hace un recorrido por la historia de los cacicazgos que poblaban el Valle Central en el siglo XVI, siguiendo los pasos indígenas en las complejas tramas de la conquista, la colonización, los primeros años de la vida independiente y el desarrollo de la economía agroexportadora. La autora rescata la participación indígena en el desarrollo general de Costa Rica durante diversos periodos, y señala sus huellas, imborrables en Costa Rica, como las Manchas del Jaguar.

En una Costa Rica en la que la memoria de nuestro pasado es cada vez más corta, por no decir inexistente, el estudio de la historia, y hacerlo accesible al gran público, es un imperativo. Eugenia Ibarra Rojas se inserta en las nuevas tendencias historiográficas y desarrolla un creciente interés por conocer, analizar y evidenciar el importante rol que la población indígena ha tenido en la historia de Costa Rica. Desde el Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC), de la Universidad de Costa Rica, aborda el campo de la historia antigua costarricense, con una perspectiva interdisciplinaria, donde confluyen distintos campos que han estado presentes en su formación académica, como son la historia, la arqueología y la etnohistoria.

Gabriel Macaya Trejos